

## **Palabras del Profesor**

### **Dr. D. José María Barrio Maestre**

Antonio Millán-Puelles es una de las cabezas más preclaras de la filosofía española y mundial del último siglo. Académico numerario de la Real de Ciencias Morales y Políticas, Catedrático de Metafísica de la Universidad Complutense, todos los que hemos tenido la suerte de recibir de viva voz su magisterio sabemos de su buen hacer y humanidad, de su estilo a la vez brillante para la materia y modesto para su propia persona, del alto nivel de exigencia que a sí mismo se imponía, por respeto a la filosofía y a los estudiantes que atendía, del cuidadoso empeño en buscar la claridad y suscitar la atención por lo verdaderamente interesante, recurriendo en ocasiones a una fina ironía y a su extraordinario sentido del humor. Sin hacer nunca concesiones que rebajaran la dignidad del trabajo docente y, sobre todo, la envergadura de los temas que abordaba en clase, era asiduo a ciertos recursos retóricos como los juegos de palabras, en los que gastaba un ingenio muy notable. Quienes le tratamos más de cerca hemos podido ver en su persona una representación preclara de la filosofía como forma de pensar, y también de vivir.

Nunca quiso simplificar la filosofía. A lo largo de toda su carrera docente, su esfuerzo no consistía en rebajarla para que estuviera al alcance de los estudiantes, sino en habilitarnos para que llegáramos a entenderla en toda su profundidad. Fuera de la universidad, en conferencias, coloquios, y cuando no se dirigía a un público especialmente versado en estas cuestiones, los temas filosóficos adquirían un atractivo e interés capaz de entusiasmar a cualquiera, y que difícilmente podía dar a la filosofía quien no se ha esforzado mucho en profundizar en ella y aclararla. La clave de su peculiar estilo docente era la perfecta combinación entre claridad y profundidad. Sus escritos distan mucho de la lucubración abstracta y esotérica que algunos adscriben al trabajo filosófico. Nada más lejano a su estilo, franco y abierto. Sus tesis son nítidas, su discurso bien ensamblado. Tanto en sus escritos como

en el discurso oral, e incluso en la conversación informal sobre cuestiones de pensamiento, el lector, oyente o interlocutor tiene la impresión de estar ante quien no tiene nada que ocultar, y mucho menos algo que aparentar.

Su pensamiento y su estilo filosófico es el de un realismo no simplista ni dogmático: abierto siempre al diálogo con la tradición viva, al contraste con las eternas cuestiones del pensamiento occidental, y al enriquecimiento con otras posturas alternativas, sin caer jamás en un sincretismo irenista. Su convicción más neta: la riqueza de lo real, que se deja entender y, al mismo tiempo, se sustrae, invitando siempre a nuevas profundizaciones y ampliaciones de la investigación. Su actitud respecto de las ideas que no compartía era de una honestidad extraordinaria, la del noble reconocimiento de los puntos que entendía verdaderos y la de poner de relieve, siempre con respeto, pero sin la menor concesión, lo que le parecía falso. La estima que profesaba por determinados filósofos en ningún caso le impedía rebatir —con un rigor argumental impecable y una exquisita elegancia humana— aquellos planteamientos con los que discrepaba.

Todos los que le conocieron saben bien de su honradez intelectual, y quienes hemos frecuentado sus lecciones no hemos visto en él una sola concesión a un planteamiento extraño al interés por la verdad. Era patente, además, que vivía lo que decía, y que se hacía cargo plenamente de todas las consecuencias, tanto teóricas como prácticas, de los planteamientos que defendía.

Hablar de Millán-Puelles, en fin, es hablar de filosofía. Toda su vida se enmarca en el ideal del sabio, el que busca y ama el saber, con la conciencia de no acabar nunca de poseerlo en plenitud. Su personalidad puede describirse como la de un hombre entregado por entero al trabajo filosófico. Desde que la lectura de las *Logische Untersuchungen*, de E. Husserl, le arrancara de sus estudios de Medicina, que sólo llegó a comenzar, su biografía intelectual es la de quien ha tenido como meta permanente la búsqueda de la verdad y el servicio abnegado a ella.

Ha dedicado un esfuerzo exhaustivo al estudio de los clásicos del pensamiento occidental; su dominio del aristotelismo, del tomismo, de la tradición kantiana y de la fenomenológica —cuyos textos leía en la lengua original con perfecta soltura— encuentra difícil parangón entre sus contemporáneos. Pero también ha dedicado muchas horas a leer a los clásicos de la literatura universal, en especial los del Siglo de Oro español. Su castellano tiene la gracia de la expresión afortunada, justa, tantas veces paradójica. La consistencia de su discurso, la envergadura de sus planteamientos y la penetrante profundidad de sus observaciones componen, junto con la elegancia de su expresión, un trabajo filosófico y literariamente cabal.

No son estas palabras un elogio gratuito, sino un sincero y justísimo homenaje a quien, a mi entender, ha encarnado mejor, entre todos los filósofos que he

conocido, los grandes ideales socráticos que dieron lugar al surgimiento del pensamiento en Occidente.

\* \* \*

El 22 de marzo del 2005 expiraba Antonio Millán-Puelles. Su último aliento estuvo dedicado a prepararse espiritualmente para el tránsito a la eternidad, y a tratar de corresponder, con las escasas fuerzas que le quedaban, a los cuidados y desvelos de sus familiares y allegados. El penúltimo lo empleó precisamente en redactar el trabajo que ahora presentamos. Desafortunadamente, el empeoramiento de su ya delicada salud no le permitió terminarlo. Ofrecemos el escrito, tal como lo dejó, ciertamente inacabado, pero dotado de una relativa integridad.

De manera especial en sus obras de madurez, D. Antonio proponía su pensamiento sobre cualquier asunto filosófico en diálogo con los grandes pensadores que de eso mismo se habían ocupado, y antes de exponer su propio punto de vista examinaba cuidadosamente todas las posturas que acerca del particular consideraba relevantes. Aquí tenemos un detallado estudio sobre la inmortalidad del alma humana en los grandes pensadores, desde la Antigüedad hasta Fichte. Quedó sin redactar lo relativo a algún autor posterior a Fichte y, sobre todo, la propia postura de D. Antonio acerca del problema filosófico de la inmortalidad del alma humana. En los primeros capítulos, en los que se ocupa de una presentación panorámica de la cuestión haciendo una aproximación a las nociones de alma, hombre, muerte e inmortalidad, pueden columbrarse las líneas por las que quizá discurriría el desarrollo de su propia postura filosófica. Aunque es claro que falta lo principal, creemos que vale la pena dar publicidad a lo que ya hay, pues supone una aportación de peso a la discusión filosófica sobre el problema. Dios, a quien siempre buscó D. Antonio con la cabeza, además de con el corazón, ya le habrá descubierto todos los detalles de este asunto que a nosotros nos resulta ahora tan complejo.

